

***Pastor's Note: Priest, Prophet, and King***  
***November 20, 2022***

The Solemnity of Christ the King, Eternal High Priest, signals the close of the liturgical year. Next week, Advent begins, and with it the watching and waiting in preparation for the birth of Christ. Before we enter into that time of penance to prepare our hearts for his coming, we celebrate a day which observes something at once majestic and everyday. For the reality of Christ as our King and Eternal High Priest is not only in a title and a great and joyous celebration which we mark year by year at this time, but it is also an ever-present reality in our lives as Christians. Christ is always and forever our great high priest, the fulfillment of the prophecies of old, and the king who rules over heaven and earth, and who will return at the end of time to mount his throne of glory. But as Christians, by virtue of our baptism, Christ's priesthood, prophetic ministry, and kingship are inscribed into the souls of each one of us. At our baptism, we were anointed with the Sacred Chrism, which is a sign of that threefold office that each of us possesses in being united to Christ.

As St. Paul tells us in his First Letter to the Corinthians, the Body of Christ has many members, and those members are and must be diverse, for if a body were only eyes, then it would have no other functions; it would not work well as a body. The Body of Christ is the Church, and the Church is made up of many members, and each of those members has a distinct role to play. The way in which our prophetic, priestly, and kingly role is lived out varies according to our vocation. At bottom, by virtue of baptism, all are called to live out these roles in the most basic of ways. We are all called to be prophets by witnessing to the Gospel in word and deed. We are all called to be priests by offering spiritual sacrifices to the Father in prayer. We are all called to be kings in ruling over that which was entrusted to us, by being stewards of the good gifts God has given us and using them for his glory, not only the material gifts we have received, but the gifts which inhere in our persons, our natural talents and inclinations.

The whole Church as a body takes up these functions of prophecy, priesthood, and kingship in her threefold functions of teaching, sanctifying, and governing. The Church teaches so as to reveal the truth to her children; she sanctifies them by means of her sacraments, given by Christ to give grace; she governs them by directing them how they ought to live and work to build up the Kingdom of God. So as to carry out these functions, the Church appoints shepherds in the form of those who are specially called to lead the Church and set apart by the Sacrament of Holy Orders. Bishops, priests, and deacons all exercise these three responsibilities, but in a distinct way from how the lay faithful are called to. The prophetic office, the teaching function, is exercised most especially in preaching in the liturgical context. The priestly office, the sanctifying function, is exercised in the ministry of conferring the sacraments, most especially the Holy Sacrifice of the Mass (only in the case of priests and bishops, not that of deacons, of course). The kingly office, the governing function, is exercised in both the canonical authority which comes in virtue of the office given to Bishops as successors of the Apostles called by Christ, as well as in the administrative acts which sustain and support the Church and care for her material needs. Thus the clergy fulfill their vocation not only in the more obvious ways, the preaching and offering of Mass and the other sacraments, but also in the more mundane exercises of office—signing the checks and doing the paperwork is just as much a part of pastoral ministry as the “churchy stuff,” in the same way that doing these things for the household is just as much a part of the life of the family as raising the children.

The Second Vatican Council teaches on these matters in its Constitution on the Church, *Lumen Gentium*, as well as in its various decrees on the laity, the priesthood, and the episcopacy. It is worth reading and reflecting upon the Church's teaching on the prophetic, priestly, and kingly functions of the Christian life, and how we are to live them out, so that we may more fruitfully serve God and our neighbor.

**Nota del Párroco: Sacerdote, Profeta y Rey**  
**20 Noviembre 2022**

La Solemnidad de Cristo Rey, Eterno Sumo Sacerdote, señala el cierre del año litúrgico. La próxima semana comienza el Adviento y con él la espera y el vigilando en preparación para el nacimiento de Cristo. Antes de entrar en ese tiempo de penitencia para preparar nuestros corazones para su venida, celebramos un día que observa algo a la vez majestuoso y cotidiano. Porque la realidad de Cristo como nuestro Rey y Eterno Sumo Sacerdote no está sólo en un título y en una gran y gozosa celebración que celebramos año tras año en este tiempo del año, sino que es también una realidad siempre presente en nuestra vida como cristianos. Cristo es siempre y para siempre nuestro gran sumo sacerdote, el que cumple las antiguas profecías, y el rey que gobierna sobre el cielo y la tierra, y que volverá al final de los tiempos para subir a su trono de gloria. Pero como cristianos, en virtud de nuestro bautismo, el sacerdocio, el ministerio profético y la realeza de Cristo están inscritos en el alma de cada uno de nosotros. En nuestro bautismo fuimos ungidos con el Santo Crisma, que es signo de ese triple oficio que cada uno de nosotros posee al estar unidos a Cristo.

Como nos dice San Pablo en su Primera Carta a los Corintios, el Cuerpo de Cristo tiene muchos miembros, y esos miembros son y deben ser diversos, porque si un cuerpo fuera sólo ojos, no tendría otras funciones; no funcionaría bien como cuerpo. El Cuerpo de Cristo es la Iglesia, y la Iglesia se compone de muchos miembros, y cada uno de esos miembros tiene un papel distinto que desempeñar. La forma en que se vive nuestro papel profético, sacerdotal y real varía según nuestra vocación. Ultimadamente, en virtud del bautismo, todos están llamados a vivir estos roles de la manera más básica. Todos estamos llamados a ser profetas dando testimonio del Evangelio de palabra y obra. Todos estamos llamados a ser sacerdotes ofreciendo sacrificios espirituales al Padre en oración. Todos estamos llamados a ser reyes al gobernar sobre lo que nos fue encomendado, al ser mayordomos de los buenos dones que Dios nos ha dado y usarlos para su gloria, no solo los dones materiales que hemos recibido, sino los dones que son inherentes a nosotros. nuestras personas, nuestros talentos e inclinaciones naturales.

Toda la Iglesia como cuerpo asume estas funciones de profecía, sacerdocio y realeza en su triple función de enseñar, santificar y gobernar. La Iglesia enseña para revelar la verdad a sus hijos; ella los santifica por medio de sus sacramentos, dados por Cristo para dar gracia; ella los gobierna indicándoles cómo deben vivir y trabajar para construir el Reino de Dios. Para llevar a cabo estas funciones, la Iglesia nombra pastores en la forma de aquellos que son especialmente llamados para conducir la Iglesia y apartados por el Sacramento del Orden Sagrado. Los obispos, los presbíteros y los diáconos ejercen todas estas tres responsabilidades, pero de una manera distinta a como están llamados los fieles laicos. El oficio profético, la función docente, se ejerce muy especialmente en la predicación en el contexto litúrgico. El oficio sacerdotal, la función santificadora, se ejerce en el ministerio de conferir los sacramentos, muy especialmente el Santo Sacrificio de la Misa (solo en el caso de los sacerdotes y obispos, no el de los diáconos). El oficio real, la función gobernante, se ejerce tanto en la autoridad canónica que viene en virtud del oficio dado a los Obispos como sucesores de los Apóstoles llamados por Cristo, así como en los actos administrativos que sustentan y sustentan a la Iglesia y atienden sus necesidades materiales. Así, el clero cumple su vocación no solo de las formas más obvias, al predicar y al ofrecer la Misa y los demás sacramentos, sino también en los ejercicios de oficio más mundanos: firmar los cheques y hacer el papeleo es una parte tan importante del ministerio pastoral como las cosas más obvias religiosas, de la misma manera que hacer estas cosas para el hogar es una parte tan importante de la vida de la familia como la crianza de los hijos.

El Concilio Vaticano II enseña sobre estas materias en su Constitución sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, así como en sus diversos decretos sobre los laicos, el sacerdocio y el episcopado. Vale la pena leer y reflexionar sobre la enseñanza de la Iglesia sobre las funciones proféticas, sacerdotales y reales de la vida cristiana, y cómo debemos vivirlas, para que podamos servir más fructíferamente a Dios y a nuestro prójimo.